

indiferencia de la vida individual y la vanidad de todo juicio. «Deplorar un solo hecho real» dice un personaje suyo, «es injuriar al universo». En dos o tres momentos de gran inspiración, Borges logra representar la totalidad simultánea y vertiginosa del mundo, en la cual todo se sostiene y todo está justificado y es inclasificable, pero la monótona celebración del acceder total y la devaluación de la responsabilidad, se tornan una árida inclinación a la tragedia, el *pathos* conservador de quien se prosterna ante las cosas tal como son y desprecia la esperanza de modificarlas para ilusionarse, en la convivencia con ellas, de vencer al mal identificándose y embriagándose con él. Pero esta voluntad de endurecer la realidad provisoria y convertirla en un hecho ineluctable, de transfigurarla en una religión de la vida siempre indistinta y siempre idéntica, tiene la esterilidad de quien se compulsa a ser impasible ante los sufrimientos de los hombres. De esta insensibilidad, ha dado y sigue dando pruebas brutales, con un empecinamiento autolesivo: ha pedido la pena de muerte para Debray, ha exaltado al Caudillo, loado la dictadura chilena, deplorado las tentativas de atenuar los males sociales. Detrás de este cinismo puede estar la desesperación del reaccionario que intenta reprimir su propia lacerante sensibilidad con la barbarie y tal vez también el trágico desdén del enemigo del pueblo que niega la historia por repulsión hacia los retóricos del progresismo, pero se trata de un donquijotismo mezquino: todo valor humano o poético, advertía Saba, debe ser una acción y no una reacción. La verdad del poeta conservador es la renuncia, la fatigada resignación, la vejez, el silencio político, no la enfática declaración de mala fe política.

La inteligencia conservadora apuesta explícitamente por lo inmediato, por la pretendida verdad concreta de la vida, opuesta, con desprecio, a la proclamada abstracción de las ideologías. Desde siempre, el conservador se propone como hombre del realismo, del irónico y escéptico pesimismo, del desilusionado conocimiento de lo existente; se propone como afirmador de las cosas tal como son, ahora y aquí, queriendo cantar su fuerza indiferente y amoral, el rojizo y embriagador oro del presente puro, del hoy inalterable.

La gran literatura reaccionaria moderna nace de esta laceración, del espejismo de vencer al mal ensimismándose con él, emborrachándose con él y convirtiéndolo en la verdad. Es una aventura que, a partir del altísimo itinerario de Nietzsche, extrae su nobleza del dolor que la impregna y que rechaza con la barbarie. Muchos entre tales antagonistas de la civilización han pagado caro su error y se encontraron en el banco de los acusados de la historia, antes de elegir el expediente de la retirada *in extremis*, del cauto repaso o de la prudente parada en el penúltimo escalón. De Pirandello a Mishima, de Pound y Céline a Hamsun, el escritor de derecha es una figu-

ra trágica; la dignidad, la grandeza y la esterilidad de tal tragedia no disminuyen en los casos de escritores como Borges o Gadda, a los cuales unas fortuitas circunstancias históricas y una refinada educación impidieron aceptar la fachada más trivial y veraz de la derecha, la fascista, de la cual fueron acérrimos enemigos y ridiculizadores, pero que entran, sin duda, con inquietante melancolía, en la religión de la vida total e indiferente.

Pero más allá del sufrido *pathos* fantástico y sentimental, la orgullosa objetividad del conservador es, a menudo, más ingenua que los despreciados fervores comprometidos. El defensor de lo inmediato presente se demuestra un conmovido elegíaco del pasado, el incorruptible oro del hoy es un muerto depósito del ayer, el cantor de la vida ilesa de las ideas es un triste custodio de la muerte, de lo que se disuelve y muere porque no se quiere construir ningún edificio de valores que pueda salvarlo y conservarlo.

Hasta la ausencia de juicio, alejado de la contemplación global de la rueda de las cosas, puede ser, en un momento dado y bajo cierta luz, la profunda ley de una irrepetible acción personal: Borges puede citar con amor insistente y con poética felicidad el evangelio anárquico-reaccionario de Don Quijote: «que cada cual se las arregle con su pecado; no es bueno que los hombres honestos sean verdugos de los demás hombres, cuando carecen de interés en el asunto». Pero este altivo e impávido orgullo, que en Borges, a menudo, es la verdad del hombre que expía su propia culpa en solitario, desplazada al plano histórico-político, deviene, en un cuento escrito en colaboración con el mediocre Bioy Casares, una rencorosa prédica contra el derecho y el deber del Estado de proveer trabajo, hospitales y prisiones.

El signo más auténtico es encontrado por el poeta conservador en la renuncia. El oro que canta no es el pesado y bárbaro de la conquista ni el luciente del tesoro robado y desenterrado, sino el opaco del ocaso o de un espejo del cual se retira lentamente el sol de la tarde. *El oro de los tigres*, catalogado entre las poesías de vejez de Borges, es el estriado amarillo de unos animales en jaula, el rubio de unos cabellos amados en vano, el resplandor de hogueras y glorias de papel entrevistas sólo en la literatura, el sobredorado de los tejuelos, el tenue fulgor de la luz que casi se confunde con la apagada mirada del escritor. En el fastuoso declinar de estos versos discurre la obsesión de la identidad universal; libros, gestas, batallas, eventos, épocas, siglos, objetos lejanos y diversos se acumulan en un catálogo de la vejez y la resignación para reducirse a la monótona reaparición del uno. Esta devaluación de lo múltiple, con su implícita indiferencia por la individualidad, es quizás el sello de toda concepción reaccionaria, que persigue el vacío en su entorno, el empobrecimiento de la vida y la negación del insuprimible valor que es cada existencia singular.

Borges es un poeta cuando olvida la identidad mística e indiferente de las cosas por amor de la individualidad efímera e insustituible, los rasgos de su Beatriz, que la erosión de los años borra trágicamente y aleja del incesante movimiento del mundo, y del rostro de Teodelina Villar, ornado por la muerte, la juventud y la estulticia. Hay una melancolía de la mudanza que ya no podremos vivir sin las palabras de Borges. Esta estrictez vital ha permitido a Borges superar sus angostas durezas de reaccionario y entender la dignidad de todos los hombres, del indio oscuro más orgulloso que un emperador y de los bárbaros que enseñan pudor y fidelidad al misionero, del guerrero longobardo que abandona la tribu por la ciudad romana y de la mujer inglesa que escoge la tribu. Si Borges ha sentido la fascinación de la lucha, ha sentido también aquélla, tanto más alta, de quien la sabe renunciar. Esta gracia rara y aislada es el don de un instante, que no siempre redime un corto y hastiado aliento en el cual se empequeñece la epopeya y se disuelve el sueño de la liberación, pero que basta para volver indeleble la verdad de un hombre que, como su personaje, puede decir: «No he vivido. Quisiera ser otro».

(1976)

La revelación que no llega

Si el mundo fuera finito y hubiera que dedicarle una celebración, conforme la costumbre de las sociedades literarias de provincia que invitan a ilustres conferenciantes a conmemorar a las glorias locales lentamente sustraídas al olvido, nadie más adecuado que Borges para evocar, ante un público cuidadoso, el mundo desaparecido, su variopinta superficie de 510.000 kilómetros cuadrados, cubierta, en un 70%, de agua salada, que los hombres, según recordaría el persuasivo orador, solían denominar genéricamente mares y, en ciertos casos, no sin énfasis, océanos. La obra de Borges, que no se cansa de enumerar los mudables objetos y las innumerables formas de la realidad, es un disolvente catálogo del mundo, una tentativa de apoderarse de la fugitiva multiplicidad de la vida, encerrándola en la concisa precisión de un artículo de enciclopedia. Pero el mundo, en la página borgiana, se sustrae a la acrobacia de las palabras que suponen haberlo cogido; está siempre en otra parte, fuera de la página, así como toda realidad está siempre fuera de la sala de conferencias en la cual se la celebra y conmemora.

Las palabras de Borges dicen la nostalgia por la vida que persiguen; en un lírico retorno del abuelo, el coronel Francisco Borges, celebrado en las memorias familiares y en la historia argentina, aquél se aleja a caballo,

inaccesible al verso que quisiera revelar su secreto, en tanto el poema sobre el tigre sólo consigue, con rimas y figuras retóricas, dibujar un tigre de papel y no encontrar el otro tigre, que se arrastra por la selva, más allá de cualquier verso.

Borges, tal vez, deseó que su obra fuera un arca de Noé, plena de la vida salvada de la destrucción y ordenada como las parejas de animales escogidas para representar y dar continuidad a la variedad de la naturaleza; intérprete y víctima de la ausencia moderna, él debe, a cambio, resignarse a parecer ese mapa del imperio cuya parábola narra, mapa que reproduce fielmente la tierra y se le adhiere con exactitud, pero que finalmente es deshecho por el viento. Los conjurados que, en cierto cuento, quieren organizar un parlamento mundial que represente a todos los hombres y la entera realidad, advierten que el único parlamento del mundo es el mundo mismo, en el imprevisible flujo de las cosas fugaces, que ningún símbolo o representante puede sustituir en su singularidad, sin que pierdan su esencia.

Borges es el gran poeta de la melancolía del papel, consciente de la aridez implícita en la vanagloria de las palabras; no es el escritor de la mentira y el artificio, tan caros a los escritores italianos, que han propagado su culto descomedido. Borges, que en un ensayo sobre la antigua poesía escandinava, se lamenta de aquellos sofisticados funambulismos verbales que se permite él mismo en algunas de sus páginas más tortuosamente banales, conoce esa poesía de la sencillez elemental que supera al individuo para identificarse con la realidad de cada uno: sus páginas son grandes cuando se detiene, comprimiendo lo esencial de una historia o de una vida en pocas líneas, en la luz de la tarde, en la caída lenta y potente de la lluvia, en la cercanía del sueño, en la sombra tierna y profunda de la casa natal, en el coraje y la fidelidad, en la frescura del agua que alegra, en un espléndido relato, la especulación de Averroes.

Ciertamente, Borges, artista innovador que quisiera inscribirse en el surco conservador de su tradición familiar y de la vieja civilización europea, advierte en sí mismo el exilio del individuo respecto a aquella épica familiaridad con el ritmo de la existencia, la ambigüedad moderna que impide arraigar en la plenitud de la vida y obliga al escritor contemporáneo a la extrañeza y la falsificación. Sabe que su obra no es la vida, sino apenas su enumeración, la cual, a su vez, se inserta, mínima e inquietante, en la vida misma, como sucede en la biblioteca de Babel, que contiene su propio catálogo, el cual también registra los innumerables catálogos falsos en los que, aunque erróneamente, figura consignado, según la paradoja matemática de la clase que entre sus elementos comprende, también, la clase que la comprende. Cada relato de Borges, como su cuento sobre el